

DEL TEMARIO DE CANCÚN: LA CRISIS DE LOS ALIMENTOS

Rebeca SALAZAR*

El problema del hambre es tan antiguo como la historia de la humanidad, pero es sólo en la actualidad que ha terminado por manifestarse claramente en términos que tienen más relación con la organización social que con los fenómenos naturales. Tanto por ello como por las graves dimensiones que ha llegado a alcanzar, el fenómeno se ha convertido en tema obligado de reuniones y foros internacionales, razón por la que no pudo dejar de estar presente en la reunión de "Cooperación Interhemisférica" realizada en Cancún en octubre de 1981.

Aunque la producción mundial de alimentos sobrepasa el crecimiento de la población y alcanzaría para satisfacer las necesidades nutricionales de todos, la realidad es que el hambre y la desnutrición se han convertido en fenómenos permanentes de Asia, África y América Latina.

Las cifras de los diferentes organismos internacionales son contundentes: aproximadamente 1 300 millones de personas sufren insuficiencias nutricionales y 500 millones se encuentran en el límite de sobrevivencia. La característica más importante de la deficiencia alimentaria es una dieta cuyo contenido de sustancias energéticas o proteínicas resulta insuficiente para mantener las actividades orgánicas, el desarrollo y la reproducción, cuestión que se traduce en efectos tales como peso insuficiente al nacer, incapacidad para realizar trabajos físicos, anemia y hasta afecciones tan graves como ceguera y marasmo en los niños.

La FAO estima que de los niños menores de 5 años, aproximadamente 10 millones sufren malnutrición grave y alrededor de 200 millones la padecen en un menor grado con manifestaciones menos evidentes. La mitad de la mortandad infantil en los países del Tercer Mundo puede atribuirse a enfermedades que tienen su origen en la malnutrición.

El 65% del total de personas desnutridas se concentra en Asia, casi la tercera parte de la población de esta región padece hambre.

* Investigadora del CEESTEM.

Este problema afecta al 28% de la población de África, el 16% en el Cercano Oriente y al 15% en América Latina. El déficit nutricional más crítico se concentra en los sectores rurales de estas regiones.

A la situación aquí descrita se le ha llamado "crisis de los alimentos" expresión que sugiere que el problema es coyuntural y transitorio. Esta crisis se ubica entre los años 1972-74, durante los que efectivamente ocurre un deterioro generalizado de la producción de alimentos en diversas partes del mundo que provoca escasez, especulación y aumento de precios, especialmente de los cereales. Todo esto agudiza —aunque no es su causa— los problemas de alimentación del proletariado urbano y rural de los países del Tercer Mundo, que tienen en los cereales la base de su alimentación.

Este deterioro de la producción de alimentos no se dio en forma repentina. La tendencia a la disminución ocurre ya desde la posguerra y se pone de manifiesto en el comercio mundial de cereales. Antes de la Segunda Guerra Mundial, los países dependientes eran exportadores netos de cereales, esta situación comenzó a revertirse a partir de la década de los años cincuenta, durante la cual algunos países de Asia tuvieron que importar 6 millones de toneladas de cereales. La misma tendencia se observa en América Latina y África. Entre 1960 y 1970, los países del Tercer Mundo se convierten en importadores netos de su principal alimento. Simultáneamente Estados Unidos produce y exporta cantidades cada vez mayores de cereales. Actualmente, controla el 75% de las exportaciones mundiales de alimentos.

El surgimiento de Estados Unidos como potencia agrícola mundial se debe fundamentalmente a que la agricultura norteamericana ha experimentado en el lapso de un siglo profundos cambios que sentaron las bases para la penetración del capital en el sector. Estos cambios denominados revoluciones agrícolas, consistieron primero (durante la segunda mitad del siglo pasado) en el paso de una producción a base de fuerza de trabajo humana fundamentalmente, a la utilización de la tracción animal.

La segunda revolución consistió en la introducción de maquinaria en sustitución de agricultores y animales de tiro junto con la utilización de mejores semillas, mejoras genéticas en el ganado, así como de productos químicos (insecticidas, herbicidas, fertilizantes, etc.) A esta aplicación masiva del avance científico-tecnológico en el sector agrícola se le conoce como la revolución químico-mecánica de la agricultura estadounidense y ha sido determinante para la situación alimentaria tanto en los Estados Unidos como en el Tercer Mundo, principalmente a partir de la Segunda Guerra Mundial.

Las necesidades de expansión del capitalismo norteamericano en la posguerra determinaron la búsqueda de nuevos campos de inversión que encontraría en los países dependientes. Este proceso de internacionalización del capital se expresa en una determinada división internacional del trabajo y es apoyado por la empresa trasnacional. Ha significado el traslado de actividades de los países dominantes a los dependientes; particularmente, en una primera etapa, las actividades industriales cuya tecnología resultaba ya obsoleta y podía ser exportada a estos países, mientras que los primeros conservaban el monopolio de la tecnología más avanzada. De esta manera se configura la dependencia tecnológica del Tercer Mundo.

La penetración del capital en la agricultura de los países dependientes se inicia también, aunque más lentamente, a partir de la posguerra y se efectúa a través de la transferencia de capital y tecnología controlados por empresas trasnacionales. La llamada "modernización de la agricultura" ha significado la apertura de importantes mercados de exportación para las empresas comercializadoras de insumos agrícolas (como sucedió con la llamada «Revolución Verde») y ha provocado una mayor integración de la agricultura con el capital. Las decisiones sobre qué y cómo producir se toman por un grupo de empresarios de las corporaciones trasnacionales y tienen como objetivo la obtención de mayores ganancias.

La expansión del capitalismo hacia la agricultura de los países dependientes ha tenido como consecuencia el reemplazo de fuerza de trabajo por capital provocando desempleo rural y la migración de los campesinos a las ciudades en las que no encontrarán empleo.

La inversión en la agricultura se orienta fundamentalmente a fortalecer el sector exportador tradicional de los países dependientes y a la utilización de recursos para la producción de cultivos dirigidos a los sectores de mayores ingresos de la población y para satisfacer la demanda del mercado internacional. También se producen cultivos para las empresas trasnacionales agroindustriales que encuentran mayores fuentes de ganancias en los países donde cuentan con amplios recursos naturales, fuerza de trabajo abundante y barata, y una política nacional que permite su implantación sin problemas.

La expansión de los cultivos comerciales ha provocado la disminución de las tierras dedicadas a la producción de alimentos básicos para la población. Por otro lado, y ésta es una tendencia relativamente reciente, muchas tierras en las que se producían cereales para la alimentación humana se utilizan extensivamente como tierra de pastoreo para producción de carne que será consumida por la población local y extranjera de mayores ingresos. Simultáneamente, se

utilizan también grandes extensiones de tierra para la producción de forrajes, a costa de la producción de cereales para la población. La consecuencia ha sido la sustitución de cultivos como el maíz y el trigo por el sorgo, como el caso de México, o la sustitución de frijol por soya, como sucede en Brasil.

Las transformaciones de la agricultura de los países del Tercer Mundo se traducen en la disminución de la producción de alimentos básicos y en la adopción de hábitos de alimentación propios de los países dominantes, consistente en un mayor consumo de productos alimenticios de origen animal y de productos industrializados de alto valor agregado y de dudosa calidad nutricional que sólo serán adquiridos por los que poseen el poder de compra.

El problema del hambre es no sólo de distribución como frecuentemente se afirma, sino también de producción. En un sistema que origina y reproduce lo que Ernest Feder define como "síndrome desempleo-pobreza-hambre", sólo se producirán los alimentos que proporcionen mayores ganancias al capital y no aquellos que la población necesite en cantidad suficiente y a precios que pueda pagar.

Las tendencias que presenta la agricultura en el Tercer Mundo permiten afirmar que la dependencia de estos países se incrementará y los problemas de hambre y desnutrición serán más graves. Esto a pesar de los planes de autosuficiencia alimentaria que se han puesto en marcha en algunos países. Estos proyectos representan en realidad más campos de inversión para el capital y mayor dependencia tecnológica de estos países que aunque tuvieran como resultado el aumento de la producción, éste sería sólo un paliativo al problema.

Dentro de la lógica del sistema capitalista, una situación que presiona los salarios hacia abajo y que profundiza la dependencia, posibilita la obtención de mayores ganancias. Por esto los problemas de la dependencia alimentaria del Tercer Mundo y del hambre de millones de personas no sólo no tienen solución en el sistema capitalista, sino que se reproducen en escala ampliada.